

■ Gustavo Ramón ■

**Ficción, deseo y poder
en Los perros del paraíso**

Gustavo Ramón

Ficción, deseo y poder en *Los perros del paraíso*

*El mundo en que creemos vivir es una escritura
que hay que leer de revés, frente a un espejo.*

Abel Posse



La figura del argentino Abel Posse ocupa un importante lugar en la Nueva novela histórica de Hispanoamérica, aun cuando algunos sectores de la crítica no lo hayan tenido tan en cuenta. En su novela *Los perros del Paraíso*,¹ galardonada con el premio Rómulo Gallegos de 1987, se encuentran personajes, eventos históricos, ideologías y relaciones que se toman reales en el interior de la obra de ficción. La continua referencia que el autor hace a personajes históricos, crónicas, diarios de navegantes, culturas, historiadores y críticos de diferentes épocas da al texto una dinámica intertextual muy particular. El uso de todos estos elementos busca una mayor credibilidad en la ficción novelesca, su reafirmación y la colaboración del lector a través de su imaginación y conocimiento.

La novela de Posse tiene referencias historiográficas legitimadas por historiadores, cronistas y personajes reales, pasados y presentes, cuya función inicial es la de hacer parecer como verdadero el discurso ficcional. Desde los grandes acontecimientos sociales hasta los más personales e íntimos, el autor se apoya en epígrafes y citas de pretendido tono erudito para hacer creer al lector que está tocando un terreno plenamente verificable. El mismo Posse ha reconocido que le tomó varios años de ardua investigación el trabajo de recopilación de documentos para escribir buena parte de sus obras. El arribo al paraíso, las revueltas en la nueva tierra y las ardientes relaciones entre los personajes se toman verídicas en el planteamiento de la novela.

¹ Posse, Abel. *Los perros del paraíso*. Buenos Aires. Emecé Editores, 1987. Las citas de la novela tendrán la sigla LPP y el número de la página entre paréntesis.

Al respecto Seymour Menton apunta:

Además de la creación de personajes ambivalentes, el carácter dialógico de *Los perros del Paraíso* también se revela en la afirmación y a la vez la subversión de la historicidad. Dentro de la misma tradición de Borges, García Márquez, Vargas Llosa, Fernando del Paso y Hayden White, Posse desconfía de los historiadores. El narrador hasta los acusa explícitamente de suprimir la verdad (...) Sin embargo, la historicidad de la novela parece afirmarse con los bosquejos cronológicos que preceden a cada una de las cuatro partes. (1993: 118)



Posse propone una división de su novela en cuatro partes que dan sentido de totalidad: aire, fuego, agua, tierra. Este sentido de la historia está directamente relacionado con la idea de plenitud y fuerza en el acto sexual, presente a lo largo del relato. En el universo histórico y literario planteado por Posse el erotismo es motor poderoso y determinante de los eventos que marcaron el curso del continente recién 'descubierto' por Colón.

Colón maneja una carga erótica profunda y permanente: así como se relaciona con algunas damas bellas y provocadoras, también lo hace con los elementos naturales, buscando la plena satisfacción de sus fuerzas. Éste es el caso del encuentro que tiene el Almirante con una tormenta marina, donde con claros rasgos eróticos se funden hombre y naturaleza (LPP: 164):

Sale el Almirante de la camareta y el viento insolente le sacude los cabellos a voluntad. (...) Gemidos hondos en las fognaduras del trinquete, mayor y mesana, exigidos al máximo. Vuelven a ser tallos gráciles en la dura fiesta del temporal. Golpes de tambor ronco que embiste la mar. (...) Vibra la nao. Potra en celo. Es un instrumento de cuerdas en su máximo allegro. (...) Gime, gime el viento. (...) El Almirante, grita, exige. Grita: ¡Evohé! ¡Evohé! ¡Evohé! ¡Aleluya! ¡Cazar! ¡Aún más! (...) Galope loco por los campos de la mar. Entrega. Fiesta. Éxtasis. Abandono al espacio. (LPP: 164)

Cada elemento de la naturaleza en que está dividido el texto lleva la marca de la carne, la referencia al deseo erótico en distintas manifestaciones y este impulso básico determina importantes eventos. Es como partir de un mundo cerrado por la historia, habitando la muerte para alzarse a la vida :

Entonces jadeaba el mundo, sin aire de vida. (...) El Valle de Lágrimas en su apogeo. (...) Y sin embargo un aire de nostalgia de vida recorría la fila danzante. Un asomo de deseo. Sonrisas bajo los tules negros, guiños. Un meneo pélvico desnaturalizaba el ritmo de los tambores enlutados de la Danse Macabre.

Como un aire, un aura, un eros. Como una brisa tibia que ya pudiese haber llegado desde el Caribe. (LPP: 11)

El contraste entre la Europa oscura y moribunda y la promesa vivificante del Caribe propicia el nacimiento de la secta de los buscadores del Paraíso. Otros ardores se van consolidando: la niña Isabel, futura reina de España, ya tiene en su cuerpecito delicias cantadas por el libertino poeta Álvarez Gato: "Tiene un culito que es un quesito. Dos tetitas como naranjitas" (LPP: 14). La niña-princesa siente una tremenda atracción hacia su primo, el mocetón Fernando, pasión que va a determinar su futuro de poderosos marido y mujer; esta pasión le hace rechazar con furia a otros pretendientes que le busca su medio hermano. Su deseo crece cada día, haciéndose casi incontrolable: "Buscaba serenarse echándose a galopar salvajemente por los peñascales. Reventó tres caballos en días. Dice la Crónica que empezó a emitir un olor potente -pero no repulsivo, por cierto- de felina en celo" (LPP: 45).

Isabel no tendrá descanso a lo largo de su vida y toda la fuerza sexual que la anima en la contienda carnal también la acompañará en sus empresas políticas y comerciales. A los diecinueve años y después de que su madre le advierta que "el deseo es la esencia del Mal" (LPP: 46), la voluptuosa Isabel vislumbra su gran misión: "Comprendió que podría transformar aquella compulsión sexual en una cruzada nacional y popular. Freudianamente buscó una ideología para encauzar tanto deseo, una superestructura adecuada. (...) Habló de pan, de trabajo, de grandeza" (LPP: 47). Este tremendo poder que habita en Isabel está muy relacionado con la fuerza de los vientos que, manejada bien por los hombres de mar, acompañará también a Colón y allanará los caminos de la expansión del imperio español; es "el poder femenino, ying, de la náutica" que hincha las velas, "esas enormes ubres bienhechoras" (LPP: 49).

Posse resalta en varios momentos la caracterización casi sobrehumana de Fernando e Isabel, destacando

la suprema importancia del erotismo en la relación de los personajes y en los eventos que van a determinar:

Para los poderes establecidos resultaba bien claro que la unión de aquellas fuerzas, compelidas por una cósmica eroticidad, tendría por resultante una mutación política, económica y social sin precedentes. (...) Era conciencia clara de la sinarquía que aquellos príncipes adolescentes, al parecer sólo dispuestos -modestamente- a 'prorrogar la muerte a besos', en realidad concentraban un poderío trascendente de incalculable fuerza. (LPP: 51)

La potencia de los dos príncipes queda instaurada con su primer encuentro carnal: "En suma: en algún momento de aquella laborada noche del 15 al 16 de octubre, el turgente glándulo del príncipe aragonés enfrentose de 'poder a poder' con el agresivo himen isabelino" (LPP: 54); de ahí en adelante, en medio de tremendas descargas de deseo, organizan el cambio de la historia. Hablan de establecer el Imperio, echar a los moros, quitarle el dinero a los judíos y echarse a conquistar los mares, propósito en el cual los ayudará, por supuesto, Colón, otro ser dotado de grandes visiones e impulsos eróticos.

En el corazón del elemento fuego se conforma el nuevo territorio español: "Se forjaba la España grande, una, fuerte, y tanto Isabel como Fernando sabían que nada podría hacerse sin las violencias de todo nacimiento" (LPP: 65); los nuevos monarcas representan las tendencias políticas en confrontación, a manera de combates entre cuerpos y sexos que marcarán los venideros horrores causados por Occidente. La simbología del fuego, tan cercana a la vida y a los placeres, también muestra la otra cara de la moneda, su poder destructor que arrasa con civilizaciones enteras y da paso al olvido.

Fernando e Isabel viven y mueren en sus batallas de folganza, alcanzando a mostrar una luz diferente para su mundo: "En el atolondrado fornicio de aquellos adolescentes sublimes fenece definitivamente la Edad Media" (LPP: 70). En este punto, el autor les asigna

una categoría angélica, propia de seres superiores que vienen a cumplir su misión demoledora sin atisbos de compasión o misericordia. A su lado, Colón es presentado en una escala menor, como un superhombre comparable a Botticelli o Miguel Ángel, apasionado creador de hechos nuevos.

El aire -con su carga de eros que ha empujado a Colón a viajar- se junta con el fuego del deseo carnal. El Almirante conoce a Felipa Moñiz Perestrello bajo la luz resplandeciente de Lisboa y queda trastornado, de manera casi fetichista, con su hoyuelo en la mejilla y el vello de cervatillo que la hacía lucir como durazno maduro. Sus apasionados encuentros le dan a Cristóbal la certeza de la naturaleza anfibia del ser humano y la obtención de un posible mapa del Paraíso terrenal; en su excitación ve de igual manera la deliciosa geografía del cuerpo femenino y los eróticos contornos de las Antillas y Cipango.

La destrucción que genera el fuego, antes mencionada, toma cuerpo en las ordenanzas de Isabel: "¡Ya que hay que morir, mejor morir a puñaladas! ¡Y fuego, mucho fuego, hasta que la unidad se imponga y la tolerancia imperen! ¡Muerte a los intolerantes! (...) ¡Arrasar Madrigalejo! Se partía a la fiesta de la guerra. Días febriles. La furia y la alegría de la batalla" (LPP: 84). En este afán de expandir el fuego arrasador hasta cabe una extraña figura atemporal como es la de los temibles gurkhas nepaleses, feroces guerreros al servicio del ejército británico durante la guerra de Las Malvinas. Las vidas de soldados argentinos segadas por estos 'perros' muestran un paralelo con las de los indígenas del Paraíso terrenal que creyó descubrir Colón. Los mandatos de los reyes católicos también se vieron afianzados por el dedicado trabajo de los inquisidores, quienes apercados con toda la parafernalia de la tortura ayudaron a consolidar el 'Orden Nuevo'.

Otro momento fundamental en la novela es el encuentro de Fernando e Isabel con Rodrigo Borja, el futuro Papa Alejandro VI, adecuado a los intereses de los reyes católicos. La comunión históricamente

decisiva entre los tres sucedió en un ambiente ritual, pleno de hondo simbolismo:

Fernando estaba tras ella, contra ella, y la poseía con serena continuidad. La capa se transformaba en morada, en apartamento de los tensos cuerpos enlazados. (...) La escena tenía una inefable potencia ritual. Alcanzaron el orgasmo -apenas un temblor de delicia- cuando el prelado estaba a pocos pasos de aquel mandala erótico. Era la suprema consagración, la santa nupcia, el engendramiento de la nueva Sinarquía. Nació el imperio y una Iglesia Católica-imperial que arrojaba el lastre del torvo y beato cristianismo. (...) Luego deslizó su mano derecha, con el gran anillo nobiliario, en el interior del cono de fieltro y alcanzó en el muslo tibio de la Princesa una gota de aquel precioso esperma, surgido del más puro y potente amor; y con él untose la frente. (LPP: 188)

Aspectos corporales, tales como la anatomía de los deseables pies de Isabel en contraste con los burdos de Fernando, cobran importancia en la visión de Abel Posse. Las diferencias de forma y actuación de los cuerpos se realzan y a veces complementan en sus ardorosos combates; el zumbido grave y seguro del pene (lingam) del rey se acopla al suave silbido floral del yoni isabelino.

De nuevo, Cristóbal Colón es marcado por el deseo. Beatriz Enríquez Arana con su belleza y sumisión marcaría la vida del genovés hasta su muerte. En el marco de esa relación, Colón ve la necesidad de eliminar a los judíos, de sostener una relación profunda con la tierra y de centrar todo en la existencia de "Un Reyno, Un Pueblo, Una Fe" (LPP: 108), haciendo eco de los planes de los reyes católicos. Las ambiciones de unos y otros en ese momento de la historia se ven interrumpidas por el novelista cuando apunta, en un doble juego de ficción-verdad, de la falsedad esencial de los

historiadores al no contar con el testimonio escrito de los más importantes hechos.

En la seguidilla de marcas eróticas -y por ende, esenciales- que le proporcionan las mujeres a Cristóbal se da el encuentro con la magnífica presencia de Isabel. Ella, con sus pies desnudos y su poder de ángel lujurioso, le produce un extraño fenómeno: la polución extragenital o intraorgasmo. Este glorioso espasmo que recorre todo su cuerpo le hace tocar el cielo: "Fue sólo un instante, pero de larga delicia. Un instante, pero más intenso que toda una vida de asceta o de profesor de latín" (LPP: 119). Con un saludable humor, presente en toda la novela, Posse deja que el psicoanálisis explique el incidente, como el bloqueo genital del plebeyo ante la imponente presencia de la realeza, en un claro sometimiento de clase. El Almirante comprendió así que este rito sellaba un gran acuerdo: la reina sería su cómplice en la secreta aventura del Paraíso.

La parte de la novela simbolizada con el fuego termina con las visiones proféticas de los indígenas; en ellas hablan de los futuros visitantes barbados y de todas sus bondades. En la tercera parte, agua, Colón se lanza a su búsqueda del Paraíso, azuzado por un viento con repercusiones divinas. Las islas Canarias le servirán de marco para otro encuentro erótico de profundas repercusiones. Colón, afortunado en estas lides, conoce a Beatriz Peraza Bobadilla, más conocida como la Dama Sangrienta, famosísima por su demonismo erótico y la facilidad con que engullía amantes. "Grandes caderas. Cintura estrechísima. Muslos planetarios, picassianos, pero tobillos finos, delicados como muñecas de organista vienés. (...) Su pelo negro y fuerte, sobre los hombros. Ojos verdes, grandes, que recordaban más la pantera en acecho que la gacela huida" (LPP: 149). El Almirante logra romper el hechizo, como apunta Juan Manuel García-Ramos:

En ese territorio exótico, Posse dispone los amores más disparatados de los que tenemos noticia en la literatura hispanoamericana. Durante tres días, los amantes practican el erotismo más desaforado,

mientras las carabelas del Nuevo Mundo permanecen amarradas con su marinería enfurecida. El sadismo de Beatriz, la Dama Sangrienta, que daba muerte a sus enamorados una vez satisfecha, cede ante el ardor y el poderío sexual de un Colón transfigurado en sátiro de los océanos. (1996: 130)

Tal desmesura en el encuentro de Cristóbal y Beatriz revierte en la configuración del pene como el epicentro, el omphalos, de esta unión sin parangón en la vida de los dos. El supremo placer sexual de la pareja, su fusión cósmica, también se verá simbolizada en la llegada de los españoles al Paraíso; ahí ellos sienten que han llegado al epicentro de la creación.

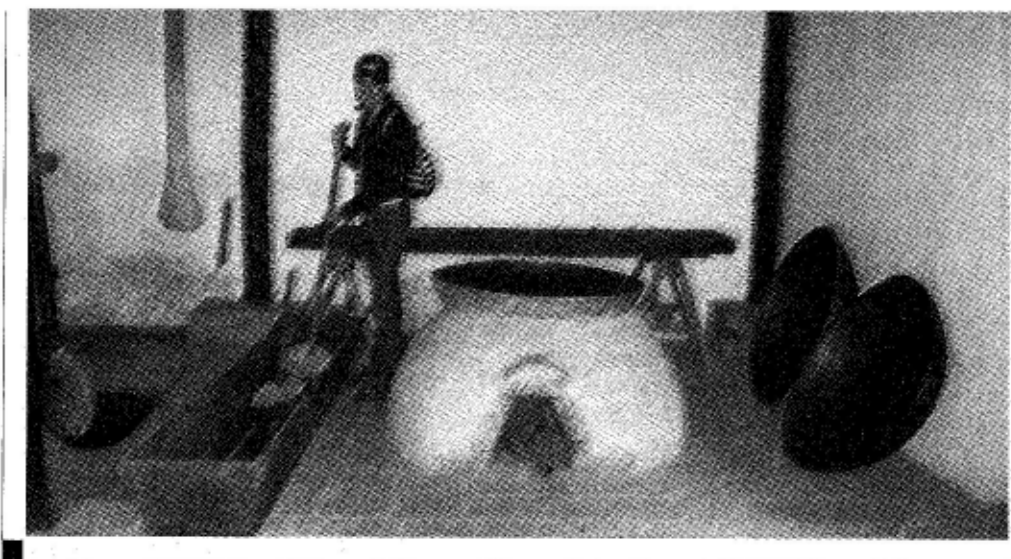
El Paraíso terrenal está marcado con el elemento tierra; es el lugar de residencia de los pueblos indígenas americanos, de vidas sobrias y llenas de placeres. Contra esta atmósfera relajada han de chocar los 'perros' que, desbocados por el deseo carnal en todas sus variantes, no pueden soportar la vida tranquila y la belleza de los aborígenes. Se dedican entonces a violar, maltratar y destruir todo lo que encuentran a su paso; es la forma en que están acostumbrados a darle cauce a sus apetitos, propia de una religiosidad judeocristiana, estigmatizada por la sombra de la culpa y el pecado. La figura de los perros aparece repetidamente en la novela. Símbolos de ferocidad y de lujuria, contenida o desbordada, los caninos visten muchos ropajes: rabiosos, jadeantes, insaciables, ya sea en jauría o uno que otro solitario. Sólo contrastan con unos extraños perrillos silenciosos del Nuevo Mundo que parecen querer hacerles callada oposición, casi como los taciturnos indígenas en su condición de oprimidos y, tal vez, de potencialmente revolucionarios.

Las culturas indígenas tienen una sexualidad abierta, intensa y fluida, y en el choque con la lujuria contenida de los europeos se determina otra gran cambio en el curso de la historia. Lo plantea Ricardo Herren a partir de investigaciones sobre las Crónicas:

Sin embargo, en la larga sucesión de encuentros sexuales entre europeos y americanas no están ausentes las pasiones desbordadas que, por ejemplo, llevan a varios ibéricos a abandonar a los suyos y a huir a tierra de indios por el amor hacia una mujer de piel morena o la devoción fiel y lealtad incondicional que prodigaron las americanas a sus amos de piel pálida. (1991: 14)

Refiriéndose a los indios taínos, Herren agrega que abundaba la poliginia: un cacique podía llegar a tener hasta treinta mujeres. Las hembras hacían gala de gran libertad sexual, al punto que el cronista oficial de Indias, Gonzalo Fernández de Oviedo, citado por Herren, con su obsesiva moralina dirá de ellas que "son las mayores bellacas y más deshonestas y libidinosas mujeres que se han visto en estas Indias o partes" (1991: 53). Los españoles ven en la nueva tierra un verdadero paraíso terrenal salido de una ensoñación erótica, tanto así que Vespucio, hablando de los nativos de la península de Pana, confirma que "(...)son poco celosos pero lujuriosos en extremo, en especial las mujeres, cuyos artificios para satisfacer su insaciable liviandad no refiero por no ofender el pudor (1991: 122)".

En el Paraíso se desata la voracidad de los canes españoles: "Aquello era un torrente de perros del deseo liberados todos en un mismo lugar y en el mismo momento" (LPP: 221); esta violencia determinará la degradación del Nuevo Mundo y su pérdida definitiva. Así, el sueño de Colón, según lo propone Posse, llega a su fin, y comienza el terrible despertar que sufrirá calladamente el continente, como lo muestran las manadas de perrillos desde México hasta la Patagonia (LPP: 253). Queda cerrado el círculo ficcional, la otra historia, enmarcado por el totalizador número cuatro, como sucede en el acto amatorio: las polaridades sexuales se atraen y repelen, con intensidad telúrica, nacen con el deseo presente en el aire, se realizan en el fuego y el agua para luego morir en la tierra. Después, el ciclo comenzará de nuevo y se repetirá una y otra vez, con otros actores, tiempos y lugares; cambiarán los cronistas, los historiadores y los novelistas. Se intentará una vez más dar la definitiva y verídica versión de los hechos, en donde seguirá haciendo falta la imaginación crítica para completar -si eso fuera posible- la visión de nuestra compleja realidad. *Cirafía*



BIBLIOGRAFÍA

- Fajardo, Diógenes. *Allí, donde el aire cambia el color de las cosas. Ensayos sobre narrativa latinoamericana del siglo XX*. Bogotá, 1999.
- García-Ramos, Juan Manuel. *Por un imaginario Atlántico*. Madrid, Montesinos, 1996.
- Herren, Ricardo. *Las conquistas eróticas de las Indias*. Bogotá, Planeta, 1991.
- Kohut, Karl. *La invención del pasado. La novela histórica en el marco de la posmodernidad*. Frankfurt, Universidad Católica de Eichstätt, 1977.
- Marcuse, Herbert. *Eros y civilización*. Barcelona, Seix Barral, 1972.
- Menton, Seymour. *La nueva novela histórica de América Latina 1979-1992*. México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Pons, María Cristina. *Memorias del olvido. La novela histórica a finales del siglo XX*. Madrid, Siglo XXI Editores, 1996.
- Posse, Abel. *Los perros del Paraíso*. Buenos Aires, Emecé Editores, 1987.
- Shaw, Donald. *Carnal knowledge. Essays on the sex, flesh and sexuality in hispanic letters and films*. Pittsburgh, 1991.
- White, Hayden. *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Barcelona, Paidós, 1992.

